anxa
89-B
9130

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/monumentosromano00serr

MONUMENTOS ROMANOS

DE

TARRAGONA

ASOCIACIÓN DE ARQUITECTOS

DE CATALUÑA

MONUMENTOS ROMANOS

DE TARRAGONA

APUNTES HISTÓRICO-CRÍTICOS DE ALGUNOS

DE

DICHOS MONUMENTOS

POR

D. LEANDRO SERRALLACH Y MAS

LEIDOS

EN LA EXCURSIÓN HECHA Á AQUELLA CIUDAD POR LA ASOCIACIÓN

EN 24 DE MAYO DE 1885.

BARCELONA

TIPOGRAFÍA DE LA CASA PROVINCIAL DE CARIDAD

1886

ACTA DE LA EXCURSIÓN

Reunidos en la Estación de Francia, en la mañana del dia 24 de Marzo de 1885, los Sres. Garriga, Mestres, Rogent, Villar, Torras, Fossas Pí, Ríus, Font y Carreras, Vilaseca, Domenech y Montaner, Sala, Casademunt, Falqués, Torres Argullol, Mercader, Amargós, Miquelerena, Buigas, Gustá, Pollés, Font y Sangrá, Cámbara y Font y Gumá, dirigiéronse á Tarragona en cuya estación, les aguardaban el Sr. Serrallach y el infrascrito secretario llegados allí el dia anterior, y además los Sres. Mir y Hernandez de la Comisión Provincial de Monumentos y los arquitectos, residentes en la misma Sres. Barba y Salas. Inmediatamente, se encaminaron todos al Penal en cuyo patio que le sirve de ingreso se conservan restos del anfiteatro, particularmente la mazoneria de las gradas y las bóvedas que las sostienen, sobre lo cual dió el Sr. Serrallach interesantes explicaciones. Trasladáronse despues al Parque de Artillería y al Al-

mácen de Ingenieros, en cada uno de cuyos puntos pudieron contemplar notables bóvedas del circo romano con sus correspondientes vomitorios, despues de lo cual se dirigieron al recinto de las primitivas murallas constituido por las vulgarmente denominadas *ciclópeas*, que forman el basamento de todo el recinto, y los notables lienzos de muralla romana construidos sobre aquella.

Situados los expedicionarios en la llamada *Falsa Braga*, al pié de las primitivas murallas, junto á la torre del Arzobispo, el Sr. Serrallach procedió á la lectura de la memoria que por turno le habia correspondido redactar, concluida la cual fué saludado con unánimes muestras de aprobación, siendo felicitado no solo por todos los compañeros sino tambien por los dignos representantes de la Comisión Provincial de Monumentos.

Terminado el objeto de la Excursión se reunieron todos los presentes en fraternal banquete, en cuyos brindis se hicieron votos por la noble y patriótica tarea que ha emprendido la Asociación con sus periódicas excursiones.

El Vice-presidente,

Magín Rius.

El Secretario,

Joaquín Bassegoda.

INTRODUCCIÓN

Pocas veces en el decurso de mi vida, heme encontrado tan profundamente impresionado como en este momento. Impresión debida á causas distintas, que producen en mi ánimo efectos opuestos y aun antitéticos. Me siento poseido de una gran satisfacción y al propio tiempo de un fundado temor. Satisfacción motivada por el recuerdo de felices tiempos de la juventud que pasaron para jamás volver; de aquellos años que parecían deslizarse con tardía velocidad, y que hoy día tan solo la memoria los presenta como sueños fugaces.

Esta agrupación de compañeros unidos por un mismo pensamiento, la contemplación de los monumentos de las edades pasadas, ávidos de indagar como pensaron y como sintieron las generaciones que nos precedieron, deseosos de hallar las leyes á que obedecían y las soluciones adoptadas en faz de los árduos problemas planteados por las respectivas civilizaciones; esta reunión de amigos que la pasión del arte anima y el amor á la belleza conforta, que- dejando atrás el mundo abrumador de la política y de los negocios, vienen aquí á respirar ambiente más puro y á satisfacer el noble deseo de su corazón de dilatar la esfera de conocimientos, me trasporta con el pensamiento á las excursiones á que asistí cuando era alumno.

Pasaron ya veinticinco años y mi memoria no ha podido olvi-

dar ¡cómo olvidarlas! á la imperial Toledo, mimada de los siglos, museo viviente de grandes obras de todos los tiempos y de todos los períodos del arte, y guardadora de los recuerdos y tradiciones de España, escritos en el sin número de monumentos que constituyen su mejor blasón; á Trujillo, Mérida, Cáceres y Badajoz, reflejo fiel de la opulencia de nuestra nación después que Colón le diera un nuevo mundo; á Asturias con sus innumerables iglesias románicas, que, cual verdaderos jalones, señalan los pasos de los hijos de Pelayo al descender de las fragosidades de Covadonga para rescatar el patrio suelo del poder de los sectarios de la Media luna; y á Córdoba y á Sevilla, emporio del saber en otro tiempo, cuyas obras están tan llenas de grandeza como su clima de seducción.

Presentes tengo todavía las impresiones que en mi alma produjeron tantos y tantos monumentos como tuve ocasión de visitar. La contemplación de tales maravillas artísticas, prueba manifiesta y explendente de la virilidad y cultura de un pueblo, me hizo concebir la idea ¡ojalá no sea mentida ilusión! de que ha de venir un día en que nuestra patria saldrá de su postración y volverá á ocupar el rango que tuviera en épocas anteriores, cuya grandeza y poderío atestiguan con expresiva elocuencia sus monumentos. Quiero alimentar la consoladora esperanza de que España, que, gracias á su aislamiento, ha conservado en gran parte sus creencias, sus costumbres y sus antiguas virtudes, cerrando como en un paréntesis períodos de desgracias y de abatimiento, continuará su gloriosa historia, enalteciendo todo lo noble, todo lo digno y todo lo sensato.

Por ello, pues, siento en este momento suma satisfacción, si bien bajo la presión del temor de que mi trabajo y mis esfuerzos no correspondan á lo que vuestra ilustración reclama. Temor tanto más fundado, cuanto considero lo que pueden y lo que valen los compañeros á quienes tengo de reemplazar. ¡Reemplazar! Hay hombres á los cuales se puede suceder y que pocos están en el caso de reemplazar. De buen grado hubiese declinado la comisión que se me confirió, pero no lo hice por considerar como un deber contribuir á que continuen estas excursiones, mayormente habiendo aplaudido con entusiasmo, conforme sabeis, la idea de su celebración.

¡Es tan agradable dejar, aunque sea por breves horas, el ruido y el vertiginoso movimiento de nuestra populosa ciudad, y olvidar el cúmulo de asuntos heterogéneos que pesan sobre nuestra trabajada imaginación, para entregarse con la inteligencia serena y el corazón tranquilo á la contemplación y estudio de los monumentos! En cada excursión que celebramos se dilatan los horizontes de nuestra inteligencia, parece que adquirimos nueva savia y nuevo vigor, nos sentimos como rejuvenecidos y nuestra alma recibe mayor temple para emprender otras campañas. Y es, señores, que con estos estudios recorremos hácia su origen el curso de los siglos, y nos ponemos en contacto con obras que son producto de la juventud de la humanidad, tan rica en arte, en poesía y en ideas originales, atrevidas y fecundas.

No es menos importante el caudal de ilustración que alcanzamos con estas excursiones. Y no creo ofenderos con ello, pues considero que vosotros tendreis la misma convicción, de que el hombre dado al estudio ha de reconocer, como lo reconoció el ilustre Isaac Newton, que lo que sabe es una gota de agua, y lo que ignora el vasto é insondable Océano, mayormente tratándose de arquitectura. Ilustración que no puede sustituirse con el estudio de tratados especiales, por buenos que sean; pues es muy distinto el lenguaje de las líneas trazadas en un papel, del que hablan las piedras de los monumentos á los que están en disposición y tienen deseos de entenderlas: lenguaje precioso por el cual los pueblos que pasaron á la historia, están comunicándose con la actual generación á través de miles de años, de imperios derrumbados y de civilizaciones extinguidas, revelándole secretos y enseñanzas dignos de la mayor estima y que en vano se buscarían por otros medios.

Hay mas. Algunos de nosotros no nos hemos familiarizado suficientemente con los monumentos de nuestra tierra, que viven de su propia vida, bien caracterizada por el temperamento de esta región, que constituyó el antiguo Principado, y esto no conviene. Nos exponemos á que nuestros proyectos estén desprovistos del color local que les debe animar y distinguir; fisonomía especial que, sin faltar á los principios predominantes en cada época, siempre ha existido y

ha de existir, por mas que el cosmopolitismo moderno tienda á borrar las fronteras é igualar á todos los hombres, que, á pesar suyo, seguirán siendo diferentes, porque así plugo á Aquel que todo lo ordenó.

Veo también en estas expediciones, y por ello las aplaudo de todas veras, un acto colectivo, y por lo tanto contrario al individualismo, del cual ya sabeis soy acérrimo enemigo, por los funestos resultados que produce en todos terrenos y en todas partes. Durante estas breves horas, nos comunicamos nuestras impresiones; debatimos amistosamente teorías, principios y procedimientos, y á la manera que los colores influyen los unos en los otros con su proximidad, los espíritus mas diferentes se modifican y de cada contraste sale una armonía, sin la cual no se va mas que por el camino de las excentricidades y no por el de la prosperidad del arte; no olvidando, señores, que la Arquitectura es el espejo eterno de las civilizaciones y que lo mismo refleja su grandeza en la unión, que su pequeñez en la discordia. La unidad está hundida en todas partes á nuestro alrededor; hagamos cuantos esfuerzos podamos para levantarla. Procuremos que la anarquía intelectual, que tanto corroe á los individuos y á los pueblos, no invada nuestro campo profesional, á fin de salvar los principios fundamentales del arte, sin los cuales nos quedaríamos envueltos en las mas densas tinieblas.

Además, nuestra presencia en Corporación en las poblaciones para estudiar las bellezas arquitectónicas que contienen, es un acto de gran trascendencia y de importancia suma para su conservación. Os supongo ¡cómo no suponerlo! á todos animados de la idea de que es necesaria dicha conservación en interés del arte, de la civilización y de la patria. Hácia los monumentos que visitamos, atraemos las miradas de los profanos; se fijan en ellos; los contemplan; luego los admiran y concluyen por convencerse de la necesidad y conveniencia de conservarlos, comprendiendo que las poblaciones que carecen de monumentos no tienen recuerdos, ni historia; son agrupaciones híbridas y sin ningún atractivo. ¿Os parece poco lo que con ello alcanzamos?

Imaginad, señores, que para desgracia y baldón de España, vol-

vieran á repetirse los horrores de la anarquía; que sobre esta nuestra querida patria se cerniera el génio de la rebelión removiendo y poniendo á flote todas las heces y todas las miserias de la sociedad, y que con un indulto general ó parcial á los delincuentes coincidiera la orden de demolición de algunas obras arquitectónicas. ¿Creeis que se evitaría porqué anteriormente se hubiera dado un decreto declarándolas monumentos nacionales? ¿Se acataría el decreto cuando algunas veces tiene que huir á uña de caballo el que lo ha dado? En días tan tristes y tan aciagos, de desolación y exterminio, que son páginas negras de la historia patria, lo único que es capaz de inducir y habituar á todos los espíritus, desde los mas cultos hasta los mas humildes, á respetar las obras inmortales del génio, respeto tan util á la vida moral é intelectual como á la verdadera prosperidad de los pueblos; lo único que puede impedir demoliciones, derrumbamientos, ruinas é ignominia es la ilustración general de los ciudadanos previamente preparada, y entiendo que con nuestras expediciones contribuimos á fomentarla.

Nos hallamos en Tarragona y no lo debeis á mi, sinó al señor Rogent. El fué quien al regresar de San Pedro de Tarrasa tuvo la oportuna idea de indicar al Sr. Torras la ida á Martorell y á mi la venida á esta antiquísima capital. Doyle las gracias por el acierto que tuvo al designar el punto y por las vacilaciones y las dudas que me evitó de las muchas que se presentan al tratar de elegir.

La excursión á Tarragona nos proporciona el placer de abrazar á queridos compañeros residentes en ella, desconocidos personalmente de algunos de nosotros, pero no sus nombres ni sus obras justamente celebradas. No dudo que ellos tendrán igual satisfacción en este día recibiendo la visita que les hacen sus hermanos de profesión, y verán en ello un elocuente testimonio de la estima y consideración que les guardamos, cual se merecen, por lo mucho que enaltecen la carrera, ya en el terreno particular, ya en las regiones oficiales. La Asociación de Arquitectos de Cataluña siente hoy un verdadero júbilo, al ver reunidos en su seno á tan dignos representantes de la clase y les dirige por medio del último de sus individuos, aunque ocupe inmerecidamente el cargo de Presidente, el mas cordial

saludo, que hace extensivo á toda la ciudad por sus tradiciones, sus recuerdos y sus glorias. Glorias, recuerdos y tradiciones que todo buen catalán debe amar como si fueran propias, y sentir henchido su pecho de noble orgullo, no olvidando que en los días de prueba se han confundido en una sola haz los hijos todos del antiguo Principado, rivalizando á porfía en poner muy alto el pendón de las barras catalanas. Los barceloneses en Tarragona estamos como en nuestra propia casa, y hallamos en ella nuestro mismo espíritu, manifiesto en sus costumbres, en su historia, en su lengua y en sus artes.

La historia escrita de esta capital debiera ser tan antigua como lo son algunos de sus monumentos, pero desgraciadamente los que de ella se han ocupado, se habrán hallado rodeados de densas nieblas cuando sus afirmaciones son tan discordes, en lo que concierne á la época anterior á la dominación romana. Tarragona es, sin duda, uno de los temas alrededor de los cuales han girado la inteligencia y fantasía de los historiadores, de los arqueólogos y de los eruditos. No extrañaremos que tan prematuramente se diera á conocer en la escena del mundo, si nos fijamos un instante en algunas de sus condiciones.

Prescindiendo de lo dulce y templado de su clima, y de que la naturaleza se ostenta siempre viva, fecunda y expléndida, su situación en el litoral del Mediterráneo suministra por si sola un gran rayo de luz para comprender porque los primitivos pueblos, anhelosos de conquista ó de colonización, dirigieron constantemente á ella su mirada.

A partir de la caida de las monarquías de Oriente, después que la espada de los conquistadores pasó sobre las ruinas de Babilonia, de Nínive y de Persépolis, todo el movimiento de la historia se concentró en las riberas del Mediterráneo. Sobre sus costas, ó en sus cercanías, se erigieron las metrópolis del comercio y de la riqueza, los focos de la ciencia y de la civilización, Jerusalen y Antioquia, Efeso y Esmirna, Atenas y Corinto, Cartago y Alejandría. Este mar sirvió en la antigüedad de vía común, en la que se encontraron tantos y tantos pueblos, que mas tarde constituyeron el imperio Romano.

Gracias á él, el Oriente y el Occidente, que separa y une á la vez, formaron los dos brazos de ese cuerpo colosal, del cual Roma fué al propio tiempo la cabeza y el corazón. No importa que Horacio le llamara *Oceanus dissotiabilis*, ó sea elemento que separa; los hechos han comprobado hasta el colmo que Horacio se equivocó. No, el Mediterráneo no ha separado, por lo contrario ha unido; no ha sido elemento de barbarie sinó de civilización; y en sus aguas han tenido lugar los hechos mas memorables y que ejercieron mayor influencia en los destinos de la humanidad.

Dejando á un lado lo hipotético y concretándonos á lo admitido por todos los historiadores, es indudable que Roma impulsada por su odio inextinguible hácia los Cartagineses y deseando vengar el ultraje recibido con el sitio y toma de Sagunto, despues de la catástrofe que de nadie es ignorada, mandó sus ejércitos á España, libró numerosas batallas, empeñadas sucesivamante por tres Escipiones contra Asdrubal y contra Anibal, venció al fin, se enseñoreó del territorio y no satisfecha con haber arrojado de la península á su constante enemigo, atravesó el mar, se lanzó sobre la misma Cartago, apoderóse de ella y le dejó la existencia porque se confesó vencida y se hizo tributaria de su rival afortunada.

Los sucesores del último de los Escipiones, para organizar la parte conquistada de España, la dividieron en dos provincias, de las cuales la una llamada Citerior tenia por capital á Tarragona, y la otra denominada Ulterior abarcaba la Bética, estando ambas gobernadas por sus respectivos pretores. Estos, con los abusos que cometieron, excitaron la indignación de los españoles, produciendo el alzamiento y la guerra, que podía ser desastrosa para los Romanos, si no hubiesen comprado con su oro al asesino que diera fin á la vida de Viriato. El último baluarte de la resistencia nacional fué Numancia, que sufrió un sitio de mas de tres años, siendo preciso viniera á acabar con ella el mismo que acabó con Cartago. Tanto fué el heroismo de sus habitantes, que prefirieron morir á capitular; y Escipión Emiliano hubo de plantar las enseñas romanas sobre ardientes escombros y cadáveres palpitantes. ¡Pocos ejemplos registra la historia, de tanta abnegación y de tanto amor á la independencia!

No entra ciertamente en mis propósitos, ni cumple á la extensión á que debo limitar este trabajo, siendo por otra parte de vosotros perfectamente conocidas, y por lo mismo ocioso, ocuparme de las luchas entabladas en España, primeramente entre los partidarios de Syla y Mario, y luego entre los de Pompeyo y Julio Cesar, los cuales parecia habian elegido nuestro suelo para ventilar sus cuestiones y derrotar á su contrario al objeto de ejercer en absoluto y sin trabas el poder supremo; y si solo recordar que cuando Octavio, libre de Antonio y de Lépido, que con él formaron el segundo triunvirato, empuñó el cetro, dividió la España en Tarraconense, Lusitania y Bética, conservando, por lo tanto, esta capital la importancia que desde el principio de la dominación romana había tenido; y fué siguiendo como las demas las diversas vicisitudes, prósperas ó adversas, por que pasó el imperio, siendo la última provincia que se mantuvo fiel á Roma, como había sido la ptimera en reconocerla; sosteniendo antes de entregarse, el formidable cerco que le puso el rey godo Eurico, el cual apoderado de la población causó en ella grandísimos destrozos.

De suerte, señores, que los romanos dominaron á Tarragona durante siete siglos; establecieron en ella el centro gobernativo de una vasta extensión de territorio, y en esta ciudad residieron grandes personajes, entre ellos Julio Cesar y los emperadores Augusto y Adriano. Estas especiales circunstancias explican porque Tarragona tenia sus murallas, su capitolio, sus templos, su foro, su circo, su anfiteatro, sus acueductos, y otros monumentos de que carecieron otras ciudades que durante la Edad Media y modernamente han adquirido mayor desarrollo, importancia y celebridad.

De los restos de algunas de estas obras romanas pienso ocuparme, trasmitiendoos simplemente mis impresiones, que no dudo recibiréis con vuestra habitual benevolencia, sabiendo de antemano que no me propongo escribir monografias; y no os admireis no diga ni una sola palabra de esta Catedral Metropolitana. Reune, en mi humilde opinión, tantas bellezas, que no bastarían para describirlas las pocas páginas de una memoria; sería preciso para decir algo de ellas, un tomo entero y pluma mas autorizada y mejor cortada que

la mia. Los que conoceis tan preciada joya del arte, recordadla y convendréis conmigo que no puede tratarse incidentalmente, sino que exige capitulo único y aparte.

Empecemos, señores, por

LAS MURALLAS

Ocupada esta ciudad por los Escipiones, en ella constituyeron el centro de sus operaciones militares, asaz importantes, debiendo luchar con el ejército cartaginés que Aníbal dejó en España, al llevar á cabo la gran marcha á Italia, una de las empresas mas atrevidas que registra la historia y que llenó de espanto á la república romana. Forzoso era hacer inexpugnable á Tarragona, y realmente los grandes lienzos de muralla subsistentes todavia, atestiguan la importancia de las obras realizadas para alcanzarlo; si bien manifiestan que, en cierto modo, se hallaron los nuevos dominadores con un pié forzado, cual era la existencia de otras fortificaciones anteriores que no estaban completas, pues habia muchas cortinas derrumbadas en una parte considerable de su altura, mientras algunas se conservaban íntegras. Y de intento he dicho se hallaron con un pié forzado, pues, conforme veremos, una vez resueltos á utilizar lo que quedaba de la antígua construcción, hubieron de amoldar la estructura de la nueva á lo que encontraban, obligándoles á infringir las reglas que en otras partes habían adoptado, en armonia con su estrategia y con los medios defensivos y ofensivos propios de la época.

Cuando los romanos invadieron la España, formaban ya una nación acostumbrada á las luchas y eran diestros en el ramo militar que habían principalmente aprendido combatiendo contra los Galos, contra los Samnitas, contra los Tarentinos acaudillados por Pirro y contra los Cartagineses en la primera guerra púnica. Se puede decir

que durante tres cuartos de siglo el pueblo romano no conoció otro arte que el de la guerra, ni otro ejercicio que el de las armas, y sus soldados eran los mas bravos, los mejor disciplinados, los mas ágiles y los mas fuertes. Con la sed de dominación que sentía y el deseo de engrandecimiento que formaba su principal ambición, comprendió la necesidad de dedicar toda su atenciòn á la organización militar. La experiencia le enseñò que un ejército verdaderamente nacional, con el cual se pueda contar, no se forma con mercenarios, como hasta entónces lo habían practicado los demas pueblos, y por ello excluyò del servicio de las armas á los extranjeros, á los libertos y á los proletarios; y para interesar á las clases acomodadas á que ingresaran en las filas, elevando con su ejemplo la dignidad y la fuerza moral del ejército, ningun ciudadano, según afirma Polibio, podía ser elegido para una magistratura civil, si no había hecho por lo menos diez campañas. Reclutado el personal entre lo mejor, faltaba organizarlo y disciplinarlo. Para la organización, rechazó el sistema de falange ó sea de constituir una gran masa, y prefirió el de divisiòn en legiones, dotando á cada una del respectivo contingente de las diversas armas. Cada legión fué, á su vez, subdividida en cohortes, manípulos y centurias, con cuyo sistema era mas facil la movilización de las tropas, pudiendo maniobrar conforme los acontecimientos de la lucha y la accidentación del campo de operaciones lo exigiesen; permitiendo, tambien, la formación de los campamentos con una celeridad asombrosa, gracias á un meditado, invariable y sencillo plan, y á la misma subdivisión que establecía el debido órden. Reinaba entre los soldados la disciplina mas severa. Dejábanse diezmar si el general pronunciaba este terrible castigo; tenían por recompensa inestimable la corona de cesped, ó de encina, concedida al mas valiente; soportaban las mas duras fatigas con gran constancia, y cada uno llevaba los correspondientes víveres, estacas para los atrincheramientos y varios utensilios. De aquí, que el arte militar, cuando la venida de los Escipiones, había alcanzado gran altura, dentro de los medios que la época proporcionaba, y no debe extrañarse, por lo mismo, la importancia de estas fortificaciones, en cuanto tienen de romanas, habida consideración que no era la pri-

mera vez que se dedicaban á tamaña empresa y que contaban con los conocimientos y los recursos para llevarla á cabo.

A la vista de estas primitivas murallas, ocurren las siguientes preguntas. ¿Datan de muy remota fecha? ¿Cual fué el pueblo ó raza que las levantó?

Mucho han hecho discurrir estas dos cuestiones á los historiadores, á los arqueòlogos y á los eruditos, y es de lamentar estén tan discordes en sus afirmaciones. Segun unos, estas antiquísimas murallas, llamadas ciclópeas por lo gigantesco y colosal de sus elementos constitutivos, fueron construidas por Celtas primitivos, es decir, no civilizados; y fundan su aserto, en la circunstancia de haberse distinguido siempre el pueblo celta en sus ritos y ceremonias por saber erigir peñaseos informes é inmensos; y aun hay quien va mas allá, aseverando ser obra druidica, ó sea, debida á la casta sacerdotal de aquel pueblo. Otros, y entre ellos el inolvidable Piferrer, atribuyen á los Fenicios esta obra, en la cual *dieron la primera idea de arquitectura militar á los españoles, que tal vez atraidos por las artes y maneras de los navegantes de Tiro. cooperaron con sus propias manos á levantar el edificio de su servidumbre.* Y finalmente, algunos creen que tan original y típica construcción, es debida á los Pelasgos ó á alguna colonia griega oriunda de ellos.

Sensible es, por demas, que la historia de Cataluña en general y la de Tarragona en particular, sean sobradamente vagas y oscuras en la época anterior á la venida de los Escipiones, no permitiendo esclarecer punto tan importante. En falta de datos históricos ciertos y fehacientes, la imaginación moderada por la reflexión conduce á las siguientes consideraciones: ¿Se tiene noticia de que los Celtas hayan levantado en la Galia, en la Germania, en la Gran Bretaña ó en España construcciones que puedan calificarse de murallas, ó verdaderamente lo sean? ¿Ofrecen alguna analogía, por remota que parezca, los cromlechs ó círculos druídicos, á los cuales Tácito calificaba de recintos sagrados, con la construcción ciclópea que delante tenemos? Vosotros sabeis mejor que yo que la respuesta debe ser negativa, y por ello mi convicción es que la mano celta no aparejó esta fábrica.

Pasemos á hacernos cargo de la segunda suposición. ¿Quienes

eran los Fenicios en la época que desembarcaron en nuestra península? ¿Formaban un pueblo rudo y de civilización primitiva? Nada de esto, señores. Los Fenicios eran activos, diestros, positivos, ávidos de riquezas y tenian grandes aptitudes marítimas, comerciales é industriales. La ventajosa situación de Tiro le permitía ser el depósito comercial del Occidente y del Oriente, y sus innumerables colonias y factorias establecidas en todos los paises, le proporcionaban los mejores productos del mundo entonces conocido. Se esforzaron en mantener activas relaciones con los Egipcios, los Jónios y los Sirios, con los pueblos de Judá, con la Arabia y la Persia y con varias poblaciones del Asia central. La industria de los Fenicios impulsada por el estado próspero de su comercio rayó á gran altura, alcanzándo justo renombre y fama en aquella época muchos de los artefactos elaborados con las primeras materias que de todos puntos les enviaban; siendo especialmente celebradas las ricas telas por ellos fabricadas, cuya exportación, juntamente con la de otros productos manufacturados, tanto necesitaban para equilibrarla en el terreno económico con la importación de los productos naturales. Por su habilidad en las artes, merecieron que Homero se ocupara de ellos en la Iliada con motivo de un vaso de plata, admirablemente trabajado, y nadie ignora lo que los profetas Ezequiel, Isaias y Jeremias dijeron del esplendor y magnificencia de Tiro. De los Fenicios se puede decir, sin exageración alguna, que hicieron del mar el gran medio de comunicación entre los hombres, y que al llevar en sus naves toda clase de mercancías, conducían, al propio tiempo, á las mas remotas regiones, las primeras nociones de la industria y de las artes y con ellas la civilización. Siendo esto cierto, como lo es, bien podemos estar persuadidos sin ningun género de remordimiento, de que los Fenicios tampoco manejaron estos toscos cantos. Otro debió ser el pueblo que los hizo rodar.

Por último, los que atribuyen esta obra á los Pelasgos, ó á alguna colonia griega oriunda de ellos, se fundan en un argumento que, en mi concepto, es bastante sólido. La tribu, la colonia ó el pueblo que tuvo aliento para levantar estos muros tan colosales, tan extensos y tan conformes con las reglas de la estrategia, no era cierta-

mente la primera vez que lo efectuaba, pues para prueba inicial jamás el hombre ha hecho las cosas tan en grande. De seguro que antes, en otros puntos había discurrido, aprendido y ensayado la disposición general en relación con los medios de ataque y de defensa, además de los procedimientos y prácticas para procurarse estas moles, trasportarlas y colocarlas. Apoyados en esto, que á su vez lo está por la marcha lenta seguida por la humanidad en su desenvolvimiento y progreso, procedieron á indagar donde existían restos de construcciones que tuvieran con estas analogia, y los hallaron en las comarcas que fueron habitadas por los Pelasgos, los cuales habiendo vivido constantemente en las montañas desde su partida de la cordillera del Indo, conserváron la rudeza y sencillez primitivas. Los paises ocupados por ellos desde su emigración, atravesados por altas y escarpadas colinas, llenas de hondonadas y barrancos, eran muy abundantes en piedras apropiadas para erigir construcciones duraderas, y los Pelasgos no despreciando la ocasión las emplearon profusamente. Aprovechando las localidades defendidas por la naturaleza, los promontorios y sitios dificiles de trepar, circunvalaban las cimas con murallas de gran espesor formadas con cantos como los que estais viendo, colocados irregularmente según el sistema de los antíguos Tirrenos. Se hallan bastantes ejemplos de obras de esta clase, en todos los puntos que la permanencia de aquel pueblo está confirmada por testimonio de los antíguos, quedando varios en el Pelopenoso, la Beocia, la Fócida, la Tesalia, el Epiro y la Tracia; en el Asia Menor y sus islas; en la Etruría y en el Lacio, destacándose Tirinto entre todos, por su alta antiguedad (diez y seis á diez y siete siglos antes de nuestra era), y las murallas de Micenas, ya mejor aparejadas, que fueron construidas cuando la guerra de Troya.

Empero, debemos consignar á fuer de imparciales, que pocos recintos amurallados por los Pelasgos tenían tanta extensión como el de Tarragona, que, según la respetable opinión del ilustrado arqueólogo Sr. Hernandez Sanahuja, alcanzaba unos tres kilómetros, proximamente igual al desarrollo de la elipse descrita por la tortificación de Pompeya.

De los cuatro aparejos usados por los Pelasgos, los empleados en Tirinto, en Argos, en Tarragona y en otros puntos, parecen pertenecer al mas rudo y primitivo, si debiéramos juzgar por lo espontáneo de la construcción y lo poco que ha intervenido el arte para regularizar lo informe de los peñascos; pero hay que tener en cuenta que la mayor perfección de los otros aparejos no dimana siempre de ser mas recientes, ó sea menos antíguos, sino de la naturaleza y condiciones de la piedra, ya en cuanto á consistencia, ya en cuanto á su formación geológica por capas ó estratos. Las piedras empleadas en las murallas ciclópeas de esta capital son calizas duras y compactas y su gran resistencia la han comprobado los siglos conservándolas intactas, al paso que los sillares romanos, mucho mas modernos, formados con areniscas arcillosas, fueron corroidos por la acción de las lluvias, de los vientos y de las heladas.

Ahora bien. ¿Se tiene noticia, ó existen datos que confirmen la venida de los Pelasgos á Cataluña? Respecto de este punto la historia permanece muda y solo nos habla de la fundación de colonias griegas, entre ellas las de los Rodios y las de los Fòcidos; teniendo, por todo lo expuesto, en mi concepto, bastante fundamento la opinión de los que creen que alguna de dichas colonias conocedora y práctica en el modo de construir de los Pelasgos levantaría estas murallas; notándose la particularidad, consignada muy oportunamente por el Sr. Hernandez en el «Indicador Arqueológico de Tarragona» corroborante de que los constructores de este muro ciclópeo fueron extranjeros venidos por mar, que en toda la fortificación que miraba á la marina no existían torres, siendo estas bastante frecuentes en la línea de defensa que corresponde al interior del país; prueba evidente de que estas formidables construcciones militares se habian erigido contra los indígenas, ó para precaverse de ellos.

Pasemos á considerar estas murallas bajo el punto de vista de la fortificación, ó sea, con el fin de poner á un pequeño número de hombres en estado de resistir á mayor número durante un tiempo mas ò menos largo.

Para estudiar los principios en que fundaron los antiguos sus fortificaciones, hasta época muy reciente no se disponía mas que de

ligeras y vagas indicaciones consignadas por Vitruvio y por Vegecio; pero hace pocos años la traducción del compendio redactado por Filon de Bizancio en el siglo segundo anterior á nuestra era, ha suministrado mayor luz, siendo sensible queden todavia algunos puntos envueltos en dudas y tinieblas gracias á lo truncado del texto, á los errores de los copistas y á la falta de figuras que debían aclarar la doctrina expuesta. Guiado por las enseñanzas de dichos autores, voy á hacerme cargo de las partes que nos restan de estos muros, no olvidando, por ser de gran importancia, la diferencia capital que existe entre la fortificación antígua y la moderna. Antes, el soldado iba provisto de un escudo que protegía su lado izquierdo; el derecho quedaba al descubierto. Todas las disposiciones de la fortificación estaban calculadas en vista de este hecho. El objetivo era que las obras protegieran el flanco descubierto del amigo y ofendieran el del enemigo. En la actualidad el soldado es igualmente vulnerable por todas partes, pero en cambio maneja armas de precisión y gran alcance; siendo por ello tan diferente la estructura de las obras militares modernas de las antíguas.

Las prescripciones de Vitruvio relativas al emplazamiento de una ciudad fortificada, resultan perfectamente atendidas en el presente caso; pues Tarragona radica en una comarca llena de salubridad, es bastante fertil para proveer á la alimentación de sus habitantes, y su puerto aseguraba las comunicaciones, cuya conservación tanto preocupaba, con fundamento, al arquitecto romano.

La fortificación de esta ciudad estaba constituida por un muro contínuo, y no por varias obras aisladas á manera de fortalezas; no tenía, al parecer, mas que un recinto amurallado, diferenciándose de algunas poblaciones de Oriente que contaban dos y á veces tres órdenes de murallas, con el fin de prolongar la resistencia en el caso de que la mas exterior hubiese sido tomada por asalto. Tampoco quedan vestigios, ni hay memoria, de que existieran torres independientes, fuera del recinto amurallado, para observar al enemigo y hacer señas ó impedir que este se apoderase de ciertos puntos que convenia á todo trance defender; cuyas torres contenian á veces la tumba de algun guerrero ilustre, siendo bastante general la creencia

de que en determinados casos dicho personaje podia intervenir de una manera sobrenatural en los combates.

También la forma perimétrica de estas murallas, obedece á lo que prescribía la antigua estrategia. Había necesidad absoluta de dar á todas las partes del circuíto el mismo grado de resistencia, á fin de que la caida de un punto débil no comprometiera á toda la fortificación; lo cual conducía á rechazar los trazados que ofrecieran ángulos marcadamente salientes, por la gran facilidad de ser atacados en todas direcciones por el enemigo. Observad como queda cumplida esta prescripción tan importante. Las diferentes cortinas son aproximadamente rectas y el conjunto forma un polígono de pocos lados, cuyos ángulos obtusos presentan gran oposición á ser derribados. La tendencia general es la concentración y con ella la unión y la fuerza.

Filon de Bizancio dice en su obra que, en toda fortificación debe haber por lo menos tres fosos. Padua en 1380 y Rodas en 1470 los tenían todavía. Sin embargo, son muchos los casos en que no existe ninguno, cual sucede aquí. El foso se practicó frecuentemente en las llanuras arcillosas de Oriente, cuyas tierras, como se hizo en Babilonia, servían para fabricar los ladrillos que habían de emplearse en la construcción de las murallas, ó bien con dichas tierras se ejecutaba el terraplen adosado al muro. ¿Podía hacerse esto en el caso que examinamos, hallándose, como se halla, la roca viva á flor de tierra, ó sea, en la misma superficie del terreno? El buen sentido contesta la pregunta y expresa porque los constructores obraron conforme lo hicieron.

En cuanto á las torres levantadas para defender á las cortinas y á las puertas, de cuyas torres carecía por completo la fortificación de Tirinto, el hecho de ser salientes respecto de la muralla en la de Tarragona, concuerda con lo prescrito por Vitruvio respecto del particular en prò de la mejor defensa, pero la configuración disiente de su criterio y del de Filon. Aconsejan ambos para las torres la forma redonda y en su caso la poligonal. La redonda, que es la que afectaban las torres de la muralla romana de Barcelona, como lo manifiestan las dos existentes todavía en la Plaza Nueva, permitía el tiro en todas direcciones y resistía bien á los arietes y á los proyectiles arro-

jados con las catapultas en razón á la forma de cuña de los sillares; pero muchas fortificaciones antiguas, entre otras las de Mesenas en Grecia, las de Aosta en Italia, las de Pompeya, las de Roma construidas en tiempo de Aureliano y las de Constantinopla, ostentan, como esta, la planta cuadrada ó rectangular en sus torres; y la razón, á mi entender, debe buscarse en la mayor facilidad en la construcción. Conforme lo exigia el corto alcance de las armas usadas por los antiguos, la distancia de una á otra torre era poco considerable al objeto de que la defensa hecha desde ellas fuese efectiva, y cruzándose los proyectiles pudiesen impedir la aproximación del enemigo.

Recomiendan también los citados autores, que las torres se situen á la derecha de las puertas, considerándolas desde el exterior; fundando su opinión en que de esta manera los defensores de la plaza podían herir á los sitiadores en su flanco derecho que presentaban al descubierto, ó sea, no protegido por el escudo. Esta condición está perfectamente cumplida en algunas de estas puertas, mientras en otras las torres están al revés; debiendo confesar con franqueza, que por mas que he meditado, no he sabido hallar la causa de semejante hecho.

En estas murallas ciclópeas había bastantes puertas, de las cuales subsisten seis, número bien superior al de la fortificación de Tirinto que solo contaba tres. Las de la parte de tierra se hallan siempre protegidas por una torre, pero no así las que miran al mar. Su forma es un rectángulo que tiene de altura dos metros cuarenta y tres centímetros y de amplitud un metro cuarenta y seis centímetros; cuyas dimensiones constituyen un hueco muy reducido y, por lo mismo, facil de defender. No existe vestigio alguno que indique el modo como se cerraban dichas puertas; pudiéndose asegurar que carecían de rastrillo corredero en sentido vertical y de hojas giratorias. En el techo del largo corredor que forman estas entradas, tampoco se registran boquetes ni agujeros que permitieran á los defensores arrojar proyectiles á los sitiadores que al intentar penetrar quedasen detenidos durante mas ó menos tiempo. Todo induce á creer que los Romanos se utilizaron de dichas puertas ciclópeas, pero no cabe dudar, dada su manera de ser y de sentir, que ellos á su vez abrirían otras

mas desahogadas en relación con las dimensiones que dieron á las de las muchas fortificaciones que erigieron en distintos puntos. De las puertas romanas solamente queda una, situada en el lienzo Norte de las murallas, que se puede contemplar dentro del espacio comprendido en la Falsa-braga; cuya puerta, según opinión de los arqueólogos, fué practicada en el reinado del emperador Adriano para prestar en el Arce ó Ciudadela el servicio que prestan modernamente las puertas llamadas del socorro. Realmente, del estudio de los restos que aquella localidad ofrece, se deduce que en la parte mas culminante del espacio amurallado se establecería primitivamente el Acrópolis, que bajo la dominación romana fué reemplazado por el Arce ó Ciudadela, teniendo esta parte, puramente militar, necesidad de una espaciosa puerta para entrar y salir la guarnición independientemente del resto de la ciudad. Es notable dicha puerta bajo el punto de vista constructivo. Los sillares de las jambas, el dovelaje y la disposición de las piedras superiores, demuestran esmero y una solidez á toda prueba, conforme era uso y costumbre entre aquellos constructores.

Ningún resto queda que permita asegurar que los Romanos formaran poternas, ó pequeñas puertas, en estas murallas para facilitar las salidas y las sorpresas; y es muy probable no las formaran, pudiéndose utilizar para aquel objeto de las numerosas y estrechas aberturas ciclópeas, mayormente estando éstas defendidas, como lo estaban, por sus correspondientes torres.

Igualmente esta fortificación carecía de casamatas ó estancias situadas á diversas alturas en el espesor de los muros para servir de alojamiento á la guarnición, ó bien, y era lo mas frecuente, para situarse los tiradores que tomaban parte en la lucha; á cuyo fin, como puede verse todavía en las murallas de Roma levantadas por Aureliano, estaban dispuestas las oportunas saeteras, hoy aspilleras, para poder maniobrar contra el enemigo y observarle sin que se notase.

Del examen hecho de la cara de esta fortificación que da al interior de la ciudad, se deduce, á mi juicio, que en ella no existió terraplén adosado. Y ciertamente no hacía falta, si consideramos el gran espesor de esta construción, que medido en la puerta llamada del

Rosario tiene cinco metros setenta y cuato centímetros, algo menor, es verdad, que el del tan renombrado muro de Tirinto que varía entre seis metros y siete metros setenta centímetros, pero suficiente para resistir el choque de los proyectiles, y conveniente para suministrar en la cima una anchurosa zona donde maniobrar los defensores y poder establecer las baterías, ó sean, las máquinas de batir propias de la época. El considerable espesor de estas murallas, llena con exceso las prescripciones de Vitruvio al indicar que, en su concepto, el grueso mas conveniente para los muros de fortificación es el que permite á dos hombres armados cruzar en su camino sin dificultad alguna.

En cuanto á altura, esta obra militar peca mas bien de exigua que de excesiva, si la comparamos con otras análogas, y principalmente còn la de las murallas de Tirinto, que en los puntos mejor conservados mide actualmente trece metros, teniendo esta solamente siete metros catorce centímetros; siendo justo declarar, que ignoro si cuando se terminó este muro ciclópeo, y antes que fuese batido y destruido en gran parte, alcanzaría ó no mayor elevación.

Difiere también esta construcción ciclópea de otras análogas, y especialmente de la tan repetida de Tirinto, en la carencia de galerías longitudinales formadas en el espesor del muro, cuyo servicio, al parecer, era facilitar la salida á los defensores de la plaza, siendo en extremo arriesgado á los sitiadores intentar la entrada por ellas. En Tirinto dichas galerías formaban seis puertas, ó pasos separados por robustos pilares, detrás de los cuales con sigilo se iban colocando los de dentro y en un instante dado salían todos á la vez, y en caso de una retirada los mismos pilares les protegían, permitiéndoles luego herir en el flanco derecho á los de fuera si llegaban hasta ellos, precisados como estaban à penetrar uno á uno.

¿Cómo remataban estas murallas? Ningún resto queda que permita precisarlo, si bien es de suponer terminarían con su correspondiente almenado que facilitase ocultar por entero el cuerpo del sitiado y señorear el campo enemigo, al propio tiempo que defender el pié del muro. No sabemos si la construcción ciclópea estaría ó no coronada con almenas, pues su empleo se remonta á tan alta anti-

güedad que Homero las cita en un pasaje de la Iliada; pero si se puede aseverar que los Romanos no prescindirían de un elemento tan necesario para la defensa, cuando las usaron en muchas de sus fortificaciones y hasta las representaron en algunos mosaicos al figurar las puertas de ciudad, conforme puede verse en uno existente en el museo de Aviñón.

Por lo que respecta á la construcción de estas murallas poco podré deciros, pues necesitaba ver su estructura interna, y esto no me ha sido posible, como comprenderéis. La disposición de los cantos en el interior de la parte ciclópea, en mi concepto, debe guardar analogía con la que presentan visible en ambos paramentos; siendo digno de contemplarse el acierto con que están combinadas las piedras en cuanto á tamaños, y la buena trabazon que afectan, sin cuyas condiciones no puede obtenerse la estabilidad de un conjunto de masas informes, redondeadas y sin argamasa alguna que las una y proporcione buen asiento. Esta fábrica, si bien revela rudeza, manifiesta al propio tiempo cierto ingenio y habilidad; pues no hay duda que, es mayor la dificultad de combinar y emplear materiales cuanto mas imperfectos son, debiendo suplirse con las prácticas y procedimientos del arte de construir lo que son deficientes por naturaleza.

En cuanto á la parte romana, la cuestión varía por completo. A mi entender, existen dos muros de sillería correspondientes uno á cada paramento, lo cual está en armonía con lo expuesto por Vitruvio respecto del particular, como tambien lo están los muros trasversales que situados de trecho á trecho traban y unen á aquellos, haciéndolos solidarios. La existencia de los muros trasversales no la he podido comprobar por mi mismo, pero se me ha asegurado por persona que los ha visto, digna para mí de todo crédito. (1) Vitruvio deja completamente libre la elección de los materiales para la construcción de las murallas, en atención á que no todas las comarcas pueden suministrar los mismos. Por cuyo motivo señala la sillería, el sillarejo, el hormigón, los ladrillos y los adobes como los mas

(1) Véase la nota del final.

apropiados; y se vé que en esta capital se eligió el mas rico y mas consistente, sin duda por ser superiores sus condiciones técnica y económicamente consideradas.

Estos paramentos de sillería expresan libertad en la ejecución, pues los sillares no tienen iguales su altura ni su longitud, habiéndose preocupado poco de que las juntas verticales correspondieran al medio. La variedad que de ello resulta, asi como el aspecto vigoroso y acentuado del conjunto, producido por los almohadillados de gran relieve que forman el paramento de las piedras y por la cálida entonación que dá á la obra el color del material, el tinte vetusto de los siglos y la expléndida brillantez de la luz del sol de un clima meridional, son bastante parecidos á los que ofrece la primitiva muralla de Roma de la época del rey Servio Tulio, de la cual quedan todavia apreciables restos en el Aventino, bastantes para formar cabal concepto de dicha obra, que con la Cárcel Mamertina y la Cloaca Máxima son los únicos vestigios subsistentes de la arquitectura de la monarquía etrusca, revistiendo las tres un marcado carácter de utilidad pública, en contraposición á muchas otras que despues se levantaron en tiempo de la república y del imperio, para dar únicamente satisfacción al orgullo ó á la vanidad.

Esta fábrica de sillería que delante tenemos obedeciendo al principio predominante en la arquitectura de la antiguedad clásica, cual era el de obtener á todo trance la solidez, no tan solo real sinó aparente, en las construcciones, nos proporciona la oportunidad de observar lo que tantas veces hemos leido en los libros respecto á la perfección en la labra de lechos y sobrelechos de las piedras en las obras egipcias, griegas y romanas y la ausencia de toda argamasa interpuesta, como tampoco existía en las juntas de las murallas romanas de Barcelona, conforme he tenido ocasión de ver recientemente con motivo del derribo de un trozo de ellas.

Os llamará la atención, sin duda, como me la llamó á mí, la profunda corrosión de muchos de estos sillares, efecto de la naturaleza de la piedra que no resiste bien á la acción de las llúvias y de las heladas. ¿Porqué usaron una piedra de tan poca dureza? ¿Acaso no existe en la localidad, ó en sus inmediaciones, otra de mayor

consistencia? Los que conocen el pais saben que se hallan en varios puntos piedras mejores que estas para resistir, y dentro del mismo recinto circunvalado por las murallas se encuentran, como lo han visto cuantos han presenciado el desmonte practicado para nivelar la rasante del paseo llamado la Esplanada. El empleo de esta piedra franca se explica facilmente, si se tiene en cuenta el poco coste de la labra y la gran extènsión superficial del doble paramento que debía formarse, con lo cual los Romanos dieron una prueba mas de que no eran ideólogos ni vanos teóricos, sino que resolvian los problemas segun las circunstancias de cada caso. Esta piedra les costaba poco de extraer, de desbastar y de labrar, lo cual agregado á la pequeña distancia del trasporte, les permitía levantar en brevísimo tiempo esta colosal construcción. La elección para ellos no era dudosa, como no lo sería ahora, para el que considerara que en estos asuntos, dos de los datos mas importantes, muchas veces, son el tiempo y el coste. ¡Cuantas construcciones dejan de realizarse porqué el facultativo olvidándose del presupuesto se empeña en obtener lo mejor, cuando quizás bastaría contentarse con lo bueno! ¡Cuantas veces un extremado rigorismo, abre un abismo entre los teóricos y la opinión general ávida de progreso y de mejoras!

EL ANFITEATRO.

La antígua capital de la España Citerior tuvo tambien su anfiteatro. Acabais de pisar sus restos, y aseguro, que ellos os habrán hablado con mas elocuencia que yo pudiera hacerlo, aunque fuera un orador consumado. ¿De que sirven las palabras ante la realidad de los hechos? ¡Cuantos pensamientos y cuantos recuerdos habrán evocado en aquellos de mis compañeros que han tenido la satisfacción

de visitar el gigantesco Coliseo de Roma! Ellos son los que debieran hablar en este instante, y referirnos la grandiosidad de aquella colosal obra de Vespasiano, término del progreso, tal como lo entendió la civilización pagana, y propia de un pueblo que llegó al colmo de la gloria y del poder para terminar en su completa anulación.

El anfiteatro, conforme sabeis, fué invención romana. Las diversiones del teatro y del circo, aunque prodigadas en sumo grado, no eran bastantes para ocupar, y complacer á los ociosos, ni parecían dignas de la grandeza de aquel pueblo. Hombres que habían recorrido el mundo con la espada en la mano, arrollando cuanto se oponía á su paso y á su dominación, tenían necesidad de mas vivas impresiones. No les satisfacian las fiestas y los juegos que hicieron las delicias del pueblo heleno, tan amante de la belleza, entusiasta admirador de las producciones del genio y dotado de sentimientos delicados; no les bastaban las suaves emociones que emanaban del desarrollo dramático de las pasiones y de las ficciones poéticas; era indispensable la realidad bárbara de la matanza; faltaba que la sangre corriera. Habían derramado tanta, que querían verla hasta en sus placeres, llegando con ello hasta el colmo de la enormidad. De este deseo nacieron las luchas de hombres y de fieras, y con ellas el anfiteatro, que no se limitó á Roma sino que se extendió á todas las provincias del imperio, conforme lo atestiguan Pompeya, Puzzoles, Cápua, Verona, Arles, Nimes, Sevilla, Tarragona y otras muchas ciudades que podríamos citar, cuyos procónsules y pretores procuraban emular á los que en la metrópoli ejercían el supremo gobierno.

Tal delirio se tuvo por la escena del anfiteatro, que se puede aseverar que los Romanos consideraban frívolos é insípidos pasatiempos las representaciones dramáticas; sintiendo verdadera pasión por los espectáculos en que morían hombres, ó quedaba ensangrentada la arena. El mérito estribaba en saber matar y en saber morir; y la competencia del público rayaba tan alta respecto del particular, que solo podemos formarnos un ligero concepto, comparándola con la que tienen los habituales concurrentes á nuestras corridas de toros, verdaderos maestros en aplaudir ó en reprobar de una manera frenética y estrepitosa todo cuanto ejecutan los diestros. La vida de

estos es lo de menos; lo mas importante es que las suertes se verifiquen con estricta sujeción á las prescripciones del arte. De igual modo al pueblo romano le era indiferente que murieran pocos ó muchos gladiadores; pero se irritaba en grado superlativo, ante una acción que estimara como cobardía ó revelara falta de destreza ó de agilidad. ¡Cuanta degradación moral!

Apartemos la vista de las escenas del anfiteatro, de esas orgías tan impropias de la dignidad humana, de esos espectáculos que convierten al hombre en fiera y le vuelven al estado salvaje; y sobre todo desviemos la mirada del cuadro atroz que ofrecen aquellas gastadas y corrompidas muchedumbres, ébrias de alegria cuando había de sacrificarse á algunos heróicos confesores de la fé de Jesucristo, que ni los castigos ni los tormentos eran bastantes para hacerles apostatar; que con la frente serena y los ojos levantados al cielo, animosos se lanzaban á las hogueras entonando himnos de alabanza al verdadero Dios, como lo hicieron San Fructuoso, obispo de Tarragona, y sus diáconos Augurio y Eulogio en esa misma arena hollada actualmente por la planta de los presidiarios. ¡Qué contraste! Ayer la inocencia sacrificándose en aras de la fé; hoy el penado por la justicia humana preparando, tal vez, un nuevo crímen.

La opinión general atribuye el anfiteatro de Tarragona á la época de Augusto, y de ser cierto, resultaría anterior al de Nimes construido en el reinado de Antonino (por los años del 138 al 161) y al de Arles que lo fué en tiempo de Probo (del 276 al 282); y es muy probable no se equivoque la opinión general, si se considera que Estatilio Tauro en el cuarto consulado de Augusto, poco antes de la era cristiana, convencido sin duda, de que debía cesar la provisionalidad que hasta entonces había existido celebrándose los juegos y las luchas en el Mercado de bueyes, en el Foro, ó en el Campo de Marte, en los que se disponía un circuito improvisado con algunas gradas de madera, edificó en Roma el primer anfiteatro de piedra, ó sea permanente, pasando algun tiempo despues á desempeñar el cargo de procónsul en España.

Ciertamente, aquella época se distinguió de sus predecesoras por el prodigioso número de obras públicas que se llevaron á cabo en

todas partes, gracias á la prosperidad que se disfrutaba. No en balde se vanagloriaba Augusto de que había recibido una Roma de ladrillo y la dejaba de mármol. El mundo estaba cansado de discordias, de luchas intestinas y de guerras; y el emperador despues de muchas victorias alcanzadas, comprendiendo los deseos de la generalidad, hizo cuanto pudo para procurar la paz. La política exterior limitóse á asegurar y á defender los extensos dominios del imperio, y á no invadir; pues no se ocultaba á su claro talento, que los pueblos anexionados necesitaban organización, y que sin ella en lugar de atraerse el afecto de los vencidos, aumentaría de día en dia el número de los descontentos, pudiendo comprometerse el éxito de las conquistas realizadas. Consideró que no le convenía tanto abarcar mucho, como tener seguro lo que poseía. Por ello, su política interior fué constantemente dirigida á atender las quejas de sus administrados, y sobre todo á hacer desaparecer la arbitrariedad y el poder absoluto de los gobernadores, con frecuencia tan detestados por los ciudadanos. A este fin, multiplicó los privilegios de los municipios, extendió el derecho itálico á las provincias, unificó la administración y la gobernación del Estado, hizo grandes concesiones y quitó muchas cargas y vejámenes que oprimian á los pueblos. La paz obtenida por estos medios fué acogida con aplauso por todos, llegando hasta el extremo de atraerse el amor y la admiración de los Romanos, y lograr que se olvidasen los medios de que se valió para quedarse solo en el poder, y de que los destinos ulteriores del Estado, anulado por completo el pueblo, se ponían en manos de un solo hombre, que si entonces se llamaba Augusto, mas tarde se llamaría Tiberio, Calígula, Neron, Domiciano, Commodo, Caracalla ó Heliogábalo. El lujo y la grandiosidad de tantos y tantos monumentos erigidos en la capital por la iniciativa de Agrippa, que con Mecenas fueron los dos brazos del emperador, como en muchas ciudades y comarcas sujetas á la dominacion romana, prueban la paz y la tranquilidad que se gozaba y las riquezas de que se disponia; haciendo todo ello contraste con la vida modesta de Augusto, que proscribió de su casa el fausto y la ostentación.

El edificio de que nos estamos ocupando, tenia una particularidad

que no ofrece el Coliseo, ni el de Verona, ni el de Nimes, ni el de Arles. Estos, emplazados en terreno llano, pudieron ser construidos de fábrica en todo el circuito, siendo análoga su estructura en todas partes, mientras el de Tarragona, utilizándose con muy buen acuerdo la configuracion de la colina, tenia los dos tercios de la extension de la graderia apoyada en la roca viva y el tercio restante sobre muros y bóvedas. Vosotros lo habeis visto. Colocado el que visita aquellas ruinas en las gradas que se conservan, descubre, desde luego, y sin ningun esfuerzo, no tan solo la configuracion que tuvo el anfiteatro, si no que tambien su extension. Los restos de las construcciones y la accidentación del terreno se lo están enseñando.

Este hecho que no es singular, como lo acreditan el teatro de Baco en Atenas, el de Siracusa, el de Efeso y otros muchos, y tambien el anfiteatro de Itálica en Sevilla, demuestra que los antiguos tenian el buen sentido de dejarse guiar por la naturaleza, completándola y embelleciéndola, y no pretendian sujetarla á bellezas de regularidad y de simetria, que muchas veces rechaza. Escogiendo posiciones convenientes, las mismas dificultades de la accidentacion les hacian concebir cosas sublimes, donde los niveladores ó regularizadores solo hubiesen hallado soluciones medianas y vulgares.

La extension superficial ocupada por el anfiteatro de Tarragona, era un poco menor que la del de Nimes, notándose la coincidencia de que la relacion entre los dos ejes de la elipse exterior era aproximadamente la misma que guardan los del Coliseo de Roma, ó sea, el menor las cinco sextas partes del mayor, lo cual produce una figura muy elegante y cómoda por no ser excesivamente diferentes sus dos diámetros principales.

El número de espectadores capaz de contener era sobre unos veinticuatro mil, considerable si se atiende en absoluto, pero muy reducido si se compara con el del Coliseo, en el cual tenian cabida hasta ochenta y siete mil sentados en las graderias, sin contar los veinte mil que de pié podian presenciar el espectáculo; es decir, una verdadera Babilonia.

Habia como en la mayor parte de los anfiteatros romanos, tres órdenes de gradas (gradationes), correspondientes á otras tantas

clases de la sociedad; las diez primeras á partir del *podium* formaban la *infima cavea* y se pueden todavía contar; de las diez segundas que constituian el segundo grupo solo quedan vestigios de cuatro, y de las mas superiores ó *suprema cavea* ninguna señal resta. Esta construccion, como todas las de su clase, terminaría probablemente con una galería porticada, lo cual está confirmado por la relacion de Pons de Icart, manifestando que en su tiempo (1570) existian esparcidas por el suelo algunas columnas de órden dórico; y es digno de notarse que la situacion del edificio era tal, que los emperadores y los pretores podian desde su palacio presenciar á la vez los juegos del anfiteatro y los del circo.

Interesante es, sin duda, lo que os he relatado del anfiteatro, pero no lo es menos para nosotros lo que debo consignar de estos vetustos restos de muros y de bóvedas, que á la generalidad de los curiosos pasarán desapercibidos y como careciendo de todo valor artístico ó arqueológico. Se nota que los muros, conforme era costumbre en esta clase de edificios, afectaban la disposicion radial, ó sea, normal á la elipse del recinto exterior y sobre de ellos apoyaban robustas bóvedas en bajada, cual lo exigia la forma de las graderias. En virtud de este hábil sistema constructivo, que aun hoy dia sirve de tipo para obras análogas, la solidez quedaba vigorosamente asegurada sin que se resintiera en lo mas mínimo la libre circulación.

Habeis observado que la estructura de esa construccion, no pertenece ya á la época en que Roma seguia fielmente las tradiciones etruscas y en que la silleria era el material predilecto para los edificios monumentales y aun para algunos que no lo eran. La necesidad de construir mucho y en breve tiempo, habia obligado á discurrir procedimientos económicos, basando dicha economia no en un sistema mecánico que permitiera disminuir los espesores, como se hizo durante los siglos XIII, XIV y XV, sino en la elección y empleo de materiales. La fábrica de silleria fué sustituida por la concrecionada. Se habia entrado de lleno en la época de los revestidos, que tambien cuadran á los pueblos que desean ostentar suntuosidad, aunque sea superficial.

La mamposteria hecha con piedras pequeñas, cuesta poco; su

ejecucion no exige muchos oficiales hábiles y consiente el empleo de gran número de peones sacados de los ejércitos, de los esclavos y de las prestaciones personales; el éxito de la construccion depende principalmente de la fuerte cohesion de los morteros, en cuya elaboración eran los Romanos verdaderos maestros, contribuyendo menos el rozamiento y la trabazon de los mampuestos por ser muy reducido su tamaño. La obra de los muros y bóvedas del anfiteatro de Tarragona tiene una cohesion extraordinaria, y se comprende que por ella los restos que quedan, hayan desafiado el rigor de los siglos y fuera preciso emplear la pólvora en el año 1862 para derribar los que estorbaban el paso de la via férrea. Examinando un fragmento de mortero arrancado de las abundantes tongadas en que están sentadas las piedras, se descubre que la arena empleada es gruesa y mezclada con pequeño guijo, notándose que donde abunda este, la argamasa es más coherente, cuyo hecho corrobora los experimentos del ilustre Vicat, relativos á la influencia que tiene el tamaño de las arenas en el endurecimiento de los morteros.

Las bóvedas merecen atencion especial. Su masa no es homogénea en toda su extension. De distancia en distancia existen arcos embebidos en el espesor, formados con piedras de mayor tamaño, puestas á manera de dovelas. ¿Que objeto podia tener la construcción de estos arcos? El servicio que desempeñaban era el de un verdadero costillaje destinado á sostener ó á auxiliar la estabilidad de las demás partes; y el móvil que impulsó su empleo fué la economia en el cimbraje, idea que preocupó siempre á los constructores romanos, hombres prácticos y positivos por excelencia y que iban directamente y sin ambajes al fin que se proponian. Esta idea iniciada por los Romanos y aplicada en gran escala en el Panteón de Agrippa, en el palacio de los Césares, en el Coliseo, en la Basílica de Constantino y en otros muchísimos monumentos del imperio, fué continuada por los artistas de época románica, pero poniendo de manifiesto dichos arcos, por medio del relieve que les daban, y constituyó, á mi entender, el principio constructivo dominante en las bóvedas ojivales, sostenidas por un verdadero armazon formado dor los arcos longitudinales, trasversales y diagonales; sin que por

ello deje de reconocer la originalidad de estas últimas bóvedas, en las cuales sus autores gobernaron y sometieron los empujes conduciéndolos á puntos determinados; pensamiento que hasta entonces á nadie se habia ocurrido y fué, sin embargo, uno de los notables progresos que pemitieron realizar la gran trasformacion arquitectónica de los tiempos medios.

EL ARCO DE BARÁ

Descuido imperdonable sería si no me ocupara, aunque brevemente, de los restos de un monumento situado á dos leguas de Tarragona en la carrretera que enlaza á esta capital con Barcelona. Ciertamente, señores, bien merece el Arco de Bará que le veamos, siquiera por medio de la fotografia, ya que no podemos hacerlo ante la realidad.

Facilmente comprenderéis que no se trata de un monumento que por su importancia pueda compararse al arco que la Roma imperial dedicó á Tito, hijo de Vespasiano, por el triunfo alcanzado sobre los Judios, realizando una profecía que de largo tiempo pesaba sobre Jerusalen, y consumando á la par que la ruina del famoso templo, la del pueblo hebreo, cuyos restos fueron aventados por todas las regiones de la tierra. Tampoco debe equipararse con el de Septimio Severo, vencedor de los Partos y promulgador de que la voluntad del emperador era la ley suprema del Estado; ni mucho menos cabe compararlo con el de Constantino, que al propio tiempo que recuerda y honra la memoria y los hechos de un soberano ilustre, confiesa á la faz del mundo el triunfo del monoteismo sobre el politeismo, al consignar en la inscripción, que las victorias alcanzadas lo habian sido por la grandeza de su ánimo é inspiración de la divinidad.

Los citados arcos triunfales, creación verdaderamente romana y una de las mas características de los monumentos de aquel pueblo, levantados para perpetuar su poder y su gloria, ni por su objeto, ni por la calidad de los personajes á que se dedicaron, ni por la entidad que los erigia, ni por el lugar de su emplazamiento, ni por los fondos con que se costeaban, deben parangonarse con el de Bará, que, á pesar de sus modestas pretensiones, no tiene menor importancia arquitectónica que el de Druso, construido en el reinado de Augusto en la via Apia.

El monumento de Bará, según opinión de los críticos sugerida por los restos de la inscripción grabada en uno de los frontispicios, se debe á la munificencia particular y á la ostentación, por no calificarla de vanidad. Parece que Lucio Licinio Sura, riquísimo ciudadano romano, que fué tres veces consul en tiempo de Trajano, consignó en su testamento se consagrara este recuerdo á su memoria.

No en vano pasaron mil setecientos años. La accion destructora del tiempo ha corroido la piedra, surcado el paramento de los sillares, redondeado las aristas y borrado bastante la moldnración y la escultura de los capiteles. De la cornisa, sin duda una de las partes que mas sufrieron por su mision protectora de las demas y recibir mas directamente la intemperie, no queda ni un solo sillar. Hace algunos años se quitaron los pocos que restaban, y un albañil se encargó de substituirlos por una que quiere ser cornisa, problamente salida de su taller intelectual.

Contemplemos lo que queda. El aspecto es distinguido y el conjunto bien proporcionado. Sus dimensiones son: altura total 12 ^{m}, 28, amplitud 12 metros, altura de la arcada 10 ^{m}, 14 y su ancho 4^{m}, 87, siendo el espesor de la construcción 2 ^{m}, 34.

La composición es sencilla, sóbria, clara y simpática. Nada de efectos de relumbrón. Su vista no fatiga y tiene la seriedad, robustez y grandiosidad de la arquitectura romana. Un arco con sus dos estribos constituye la construcción, y el ánimo queda tranquilo en cuanto á la estabilidad, pues no existiendo atirantados ocultos, ni otra clase de artificios propios de épocas decadentes y de poca fijeza

en los principios, se descubre, desde luego, que está garantida con exceso la anulación del empuje. Los dos machones laterales apoyan sobre un robusto pedestal, encima del cual insisten á cada lado dos pilastras coríntias con sus bases, fustes estriados y correspondientes capiteles, coronando el conjunto un entablamento completo compuesto de arquitrave, friso y cornisa. El arco propiamente dicho está decorado con su archivolta y tiene á la altura de arranque, una imposta cuya molduracion es armónica con lo restante de la obra.

El monumento de que nos ocupamos, puede admitir ventajosamente, en mi concepto, un paralelo con el mencionado de Druso existente en Roma. Se nota en el de Bará mas unidad, mejores proporciones, mas dedicadeza en el moldurado, y sobre todo no se cometió en él la grave falta en que se incurrió en el de Druso, de que la archivolta no sea la representación del arco, ni indique á la vista el espesor y la potencia de este, marchando en completo desacuerdo la decoración y la construcción.

La composición arquitectónica de ese monumento, como la de los citados arcos de triunfo y la de muchisimas otras obras romanas acusa la impotencia de aquel pueblo para resolver el problema artístico. Todo lo que pretendió obtuvo cuando se trataba de someter y dominar; acometió las empresas mas atrevidas y arriesgadas; su poder no tuvo trabas ni cortapisas; y sus invencibles legiones admirablemente organizadas y aguerridas, pasearon triunfalmente de uno á otro confín las enseñas y trofeos de la república y del imperio; pero ni sus excelentes constructores por si solos, ni auxiliados por artistas griegos, pudieron alcanzar la conciliación de lo que era irreconciliable: el arco y el dintel. Obedeciendo ambos á principios opuestos, era imposible dieran la unidad tan indispensable á toda obra arquitectónica. Los órdenes griegos pesaron siempre sobre el pueblo romano como losa de plomo. Supieron utilizar la bóveda que hallaron entre los Etruscos, sus primitivos dueños, y aun le imprimieron caracter especial como elemento constructivo, pero les faltó inspiración para encontrar la oportuna manifestación estética.

En los secretos de la Providencia estaba, que otra civilización mas modesta y menos poderosa en el órden material, pero robusteci-

da y animada por ideales mas dignos y levantados, acertara en dar á la construcción abovedada la correspondiente expresión estética, logrando fundir los principios del arte griego con los del arte romano y formar con ellos un nuevo arte y no dos artes juxtapuestos. Desde entonces se deslindaron los campos y la confusion cesó. El triunfo fué para los que supieron comprender, que los órdenes nacidos al calor del dintel y nutridos con su sávia, debieron terminar cuando este dejó de ser la base fundamental del organismo arquitectónico.

EL ACUEDUCTO

Otra obra memorable de utilidad pública bastante completa y mucho mas conservada, al presente, que algunas de igual clase levantadas en muchos puntos por los Romanos en Europa, Asia y Africa, formando parte de su arquitectura verdaderamente nacional, es el tanto renombrado puente-acueducto conocido en el pais por puente de las Ferreras, ó del Diablo, situado junto á la carretera á Lérida, á una legua de esta capital. Ella recuerda cuanto les preocupaba la vital cuestion de abastecimiento de agua á las poblaciones no tan solo para satisfacer las necesidades ordinarias de la vida, sino para embellecimiento y recreo. Basta considerar, que en el siglo IV antes de nuestra era, Appio Claudio construyó en Roma el colosal primer acueducto y que despues en distintas épocas le siguieron otros hasta completar el número de trece, para alimentar tan considerable número de habitantes y servir á las termas, espléndido derroche de agua, á las innumerables fuentes (700 en tiempo de Augusto), á las grandiosas cascadas y á los bellísimos surtidores prodigados en sumo

grado en toda la poblacion. Tan considerable era el caudal que afluía á la capital durante el imperio, que, segun los estudios modernamente practicados, la dotacion actual es tan solo la décima parte de la antigua y, sin embargo, Roma en el presente momento es una de las ciudades mas abundantemente abastecidas. Las extraordinarias construcciones llevadas á cabo á fin de conducir sobre verdaderos arcos de triunfo, segun feliz expresion de Chateaubriand, el agua á la ciudad eterna, manifiesta hasta donde alcanzaba el poder de aquel pueblo, sin igual en el mundo, para el cual parecia no habia imposibles; siendo hoy dia los restos de aquellos extensos acueductos (1) y los de antiguas tumbas, los únicos objetos que interrumpen la monótona vista de la llanura romana, impresionando tristemente el ánimo por los recuerdos que evocan y las consideraciones que inspiran.

Los puentes-acueductos han sido muy criticados en nuestra época, llegando unos hasta á tildar de insensatos ó despilfarradores á aquellos constructores; y se fundan en la economia de tiempo y de dinero que podian haber obtenido, empleando los sifones. No se puede negar que el sifón, por regla general, es menos costoso, pero debe considerarse que los antiguos no conocian los tubos de hierro fundido, y debian emplear forzosamente los de barro cocido, muy expuestos á romperse, ó los de plomo excesivamente caros. Planteado así el problema, que es como la imparcialidad y la justicia de consuno aconsejan se plantee, y no olvidando que el caudal conducido solia ser de alguna importancia, se verá, que no siempre hubo tal despilfarro; debiendo añadir que los Romanos cuando los puentes acueductos habian de tener gran altura y, por lo tanto, excesivo coste, usaron los sifones, de los cuales se ocupa Vitruvio y quedan vestigios aun en varios puntos.

El puente-acueducto de Tarragona sin ser tan atrevido como el magnífico que levantaron en Nimes (2), es una obra notable por

(1) Longitud total 402 Kilómetros; 80 sobre arcadas, y 322 formados por conductos subterráneos.

(2) Tiene 49 metros de altura sobre el nivel del rio Gard, y de longitud 272 metros, con tres órdenes de arcadas.

varios conceptos y puede sufrir ventajosamente ser comparado con muchos otros. Tiene dos órdenes de arcadas, es decir, una menos que el de Mérida, é igual número que el de Segovia. Consta el primer órden de once arcos y el segundo de veinticinco. La altura máxima en el centro de la hondonada es de 23^{m}, 70 y la longitud total de colina á colina en la parte superior es de 217 metros; de suerte que el de esta ciudad es bastante mas alto que el de Mérida y algo mas bajo que el de Segovia. Sobre el puente-acueducto de Tarragona pasaba un solo canal, diferenciándose en esto de algunos de los de Roma que sostenian dos y hasta tres superpuestos, conduciendo separadamente un caudal de distinta procedencia.

Toda la construcción es de silleria formada con piedra de la misma clase que la de estas murallas, habiendo muchas de ellas, sufrido notable destrucción en los paramentos, por efecto de la intemperie durante tantos siglos de existencia. El despiezo está muy bien entendido, si bien con cierta libertad respecto á la situación de las juntas verticales. La piedra está sentada á hueso, ó sea, sin mortero, segun era costumbre entre los antiguos. Nótase que todo el dovelaje es independiente de las hiladas horizontales, no existiendo, por lo mismo, ningun salta-caballo; disposición perfectamente entendida, pues permite al arco reaccionar como á tal, con entera independencia del muro ó pilar, evitando las rupturas que suelen producirse en los sillares que afectan aquella disposición. La estabilidad de la construcción á pesar de la gran altura que alcanza, nada deja que desear en el terreno científico, comprobada, ademas, por su larga fecha; pero precisa hacer constar que tampoco hay exceso de fábrica y si tan solo la puramente indispensable, toda vez que su espesor promedio varia entre el décimo y el dozavo de la altura, que es el que segun las reglas empíricas de Rondelet, fundadas en la experiencia, corresponde á un muro macizo y sin estar perforado por arcadas.

Aunque pertenece á la clase de obras de mera utilidad y está emplazada en despoblado, su aspecto es monumental, bien entedidas sus proporciones y armónicos los diferentes miembros que le constituyen; satisfaciendo tanto mas su contemplación, en cuanto se des-

cubre en ella mas ingenuidad que en otras construcciones que para decorarlas se tuvo de echar mano de procedimientos discordantes con la estructura.

CONCLUSIÓN

Vamos á concluir, señores. Bastante he abusado de vuestra benévola atención; pero permitidme antes sintetizar en breves frases los conceptos que estos antiguos monumentos me han sugerido.

Dejando aparte la construcción ciclópea, estas obras son debidas á una civilización cuyos restos no se han extinguido por completo; algo de ella vive aun entre nosotros. Y no es de extrañar, si se considera que los Romanos llenaron el mundo durante once siglos, empleados en constituirse, extender su dominio, apoderarse de la mayor parte de las naciones, gozar el fruto de las conquistas, decaer y desaparecer. Cuanto hicieron en tan largo período, nos lo dice con gran elocuencia su historia, una de las más interesantes é instructivas de los pueblos que pasaron; pero nos lo revelan mejor los monumentos que levantaron en todas partes.

Roma no fué egoista respecto de sus provincias. Es cierto que obligó al mundo á postrarse de hinojos ante sus armas, sus leyes y sus ideales; es positivo que todos los medios le parecieron buenos y lícitos para sojuzgar y dominar; pero logrado su intento, lejos de esterminar á los pueblos vencidos, los levantaba, los civilizaba, los engrandecia y les hacia copartícipes de su propia vida informada por el espíritu, las leyes y las costumbres de todos los elementos reunidos bajo su cetro victorioso. Con razón ha dicho un elocuente escritor moderno que *Roma recibió el espíritu del universo y dió al*

universo su espíritu. Las naciones sometidas, sentian pronto los efectos de la nueva dominación, cesando su aislamiento y su antigua enemistad. La metrópoli al comunicarles su vida y su aliento procuraba hermanarlas, unificarlas por una inteligente administración, unas mismas leyes, iguales costumbres y haciendo que fueran idénticos sus destinos y sus ideales.

No cabe dudar, señores que una política tan habil como previsora, seguida con firmeza y constancia desde los primeros albores del pueblo romano, debia producir los resultados que la historia registra, relativos á su engrandecimiento y prosperidad. En virtud de esta politita de atracción, en todos puntos se construyeron carreteras, puentes, acueductos, teatros, circos, anfiteatros, termas, y templos mostrando á todos su poder y su superioridad, atrayéndose la admiración y el reconocimiento de los pueblos vencidos, sirviéndole la arquitectura de valioso ausiliar en las empresas realizadas con fortuna en el período de su mayor esplendor.

Estos edificios revelan claramente cuanto los Romanos amaban la astuosidad y el lujo, la gloria y la grandiosidad; y que jamás sintieron la pasión del arte por el arte como el pueblo griego. Obra exclusiva del Romano es la osamenta de estas admirables construcciones, cuyas plantas y alzados, considerados en conjunto, nunca se ponderarán lo bastante, ni se estudiarán suficientemente. El vigor de la concepción, la unidad de pensamiento y la esplendidez de las masas en relación con los espacios, están pregonando en alta voz son fruto de la energía de caracter, del hábito de regir y de las necesidades sentidas por aquella potente civilización.

En vano los artistas griegos se esforzaron en decorar las estructuras impuestas por el modo de ser y de sentir de los Romanos, menos delicados de gusto y mas sensibles á la utilidad, á la riqueza material, á la variedad de aspecto y á la grandeza física. La vestimenta con que las cubrieron pertenecia á otro cuerpo y no pudo amoldarse á ellas; lograron tan solo una amalgama de cosas heterogéneas basadas en principios antitéticos, imposible de asociarse convenientemente en una obra arquitectónica. *La Grecia vencida se ha apoderado del vencedor y ha llevado sus artes al agreste Lacio*, dijo un escritor

romano cuando Roma contó por centenares las estatuas sustraidas de Atenas, de Siracusa, de Esparta, de Delfos y de Corinto, y los Helenos se pusieron docilmente á trabajar á las órdenes de sus dominadores; pero los artistas griegos respirando un ambiente distinto del de su patria y careciendo de libertad, al pretender remontarse en alas de su genio, quedaron anonadados bajo el peso de la personalidad romana. Este resultado probó que el arte griego no se puede trasplantar; que no vegeta bien en todas partes, y que para llevar una vida lozana, necesita el suelo en que vió la luz y las condiciones que le produjeron.

Es tambien altamente instructivo el hecho de que los Romanos á pesar de tantos siglos como duró su dominación, de tantos recursos puestos á su alcance, y del auxilio prestado por artistas de talento reconocido, no acertaran en hallar la espresión estética de su sistema constructivo. Y es, señores, que la arquitectura romana perteneció á un estilo de transición, como aquella civilización fué el puente entre el mundo pagano y el mundo cristiano; lo cual evidencia que un estilo arquitectónico bien definido y completo, no es obra de la voluntad de los hombres, no se obtiene cuando se desea, y que sirven bien poco para alcanzarlo, el poder, las riquezas y los medios materiales por grandes que ellos sean. ¡Que lección para los materialistas!

De los dos elementos para constituir un estilo arquitectónico distinto, bien definido y bien caracterizado, cuales son un sistema constructivo especial y una estética propia, el pueblo romano halló de una manera espléndida el primero; dominó al material y le hizo servir docilmente á la formación de sus colosales bóvedas; pero, bien á su pesar, no pudo subyugar lo que no es tangible, lo que se cierne en esferas mas altas, fuera del alcance de sus formidables legiones. Este ejemplo enseña á las generaciones venideras que quieran aprender y no estén cegadas por los vapores que emanan de la materia, que para producir obras de arte, se necesitan ideales dignos y elevados, y que ellos son los únicos que constituyen el orígen y el manantial de toda inspiración artística.

Por lo demás, señores, interesa en alto grado la conservación de estos restos de la civilización romana, tanto por lo que instruyen, á

los artistas, como por las enseñanzas que pueden aportar á los hombres de Estado encargados de dirigir y gobernar á las naciones. La antigua sociedad romana tan altiva y tan poderosa pasó á la historia; solo vagos recuerdos quedan de ella. Aquel pueblo que empezó austero, laborioso, bien regido y con fé en su gran porvenir, terminó en la mayor degradación y revuelto en toda clase de concupiscencias. Las riquezas obtenidas fueron el arma que debía acabar su existencia. ¡Cuan cierto es que las riquezas mal adquiridas se van como han venido, dejando en pos de si un mundo de ruinas! Muy en lo cierto está un distinguido historiador al decir que *el oro es como el agua de un rio: si inunda subitamente, devasta; si llega lentamente por muchos canales lleva la vida á todas partes.* La plétora de riquezas engendró los vicios y estos la molicie y la degradación. Y como en el mundo moral, lo mismo que en el físico, hay leyes á las que no se falta impunemente, tantas atrocidades debían ser castigadas y tanto orgullo humillado. La mano de la Providencia se encargó de hacerlo de una manera cumplida valiéndose de hordas bárbaras que acabaron con aquel pueblo. Pero no: no fueron bárbaros los que derrumbaron el imperio romano; él mismo fué quien preparó durante muchísimo tiempo antes su ruina, de igual modo que no puede atribuirse al huracán la caida de un árbol secular que aparentemente troncha, cuando la carcoma habia minado lentamente su existencia y solo estaba adherido á la cepa por ténues y macilentas fibras.

Un pueblo que al levantar tantos y tantos edificios y al derrochar una fortuna inmensa, no tuvo presente á los enfermos desvalidos, ni á los pobres imposibilitados por el trabajo, ni á los expósitos abandonados por madres sin entrañas; que no se acordó de la dignidad que perdía en cambio de las diversiones que le proporcionaban; la sociedad que se entregó á un lujo insensato y á los mayores excesos, locuras y abominaciones; que se desentendió de toda ocupación séria, para no cuidarse mas que del refinamiento de los placeres; y que olvidándose de la marcha de los asuntos públicos y de todos sus deberes, solo deseaba pan y circo, su tiempo estaba cumplido; fué justa y providencial su desaparición. Las ruinas de sus monumentos subsisten todavía para atestiguar su grandeza y su caída. ¡Quiera el cielo

conservarlas para enseñanza de las sociedades que entregadas al vértigo de los goces materiales y deslumbradas por falsos resplandores, se desvían de la senda del honor y de la virtud, y se adormecen suavemente mecidas por un efímero y sensual bienestar, cuando á su alrededor todo anuncia la descomposición moral que se está operando y ha de hundirlas irremisiblemente en el abismo!

NOTA

Con posterioridad á la fecha en que tuvo lugar la lectura de esta memoria, el celoso é ilustrado arqueólogo D. Buenaventura Hernandez Sanahuja á quien tanto debe Tarragona por los profundos estudios que ha hecho de sus monumentos y lo mucho que se ha interesado en todas épocas por la conservación de estos, considerándolos como verdaderas é inestimables glorias nacionales, me remitió unos apuntes referentes á la fortificación de aquella ciudad, los cuales recibí con singular agrado, por las noticias que me comunica tocante á la construcción de las murallas, que concuerdan completamente con lo que expuse al ocuparme del particular.

Dice el Sr. Hernadez en dichos apuntes: «Aprovechando la oportunidad del derribo de un trozo ó lienzo de muralla que existía en el »paseo de San Antonio, entre la puerta ciclópea de la Portella y la »casa de D. Lorenzo Folch, en la plaza del Rey, asistimos á todas las »operaciones de la demólición, á fin de estudiar en todos sus detalles »el sistema de construcción que empleaban los Romanos, en sus obras »de fortificación, circunstancia que no se ofrece con mucha fre»frecuencia.»

«A semejanza de todo el círcuito de la fortificación antigua, esta »muralla tenia por basamento los restos del muro ciclópeo aprove»chando, sin destruirla ni mutilarla, una de las puertas primitivas de »esta ciudad, y si algún deterioro se observa en ella, débese á nues«tros abuelos durante la época de las guerras de sucesión.»

»La muralla en cuestión, constaba de dos muros ó revestimen»tos, uno exterior y otro interior, ambos de piedra de sillería. En el »revestimento exterior, los sillares estaban dispuestos en hiladas ho»rizontales, todos eran almohadillados y tenian igual altura y profun-

»didad. El grueso de este muro de revestimento es de 80 centíme-»tros, y la altura de los sillares que le componen es con pòca variedad »de 57 centímetros. Cada sillar forma un paralelepípedo perfecto, »y sus ángulos ó aristas, separadamente de la almohadilla, puramente »accidental, están perfectamente escuadrados, lo cual facilitaba sen-»tar los sillares á plomo y horizontalmente sin salir uno más que el »otro.»

«El muro ó revestimento posterior es muchísimo mas tosco y lo »forman unas piedras, ó dígase sillares, tambien paralelepípedos, pero »labrados groseramente y bastante desiguales en longitud, altura y »grosor; siendo pues los gruesos de las sillares desiguales, resultaba «que las paredes, si bien eran rectas en el exterior en ambos muros, »en la parte interior ó terraplen eran desiguales, saliendo unos silla-»res mas que los otros. El muro interior ó posterior, tenia el mismo »grueso que el exterior ó delantero, con corta diferencia.

«El hueco ó vacío que dejaban ambos muros era de 3 metros 60 »centímetros y estaba lleno á capas horizontales de tierra apisonada, »alternadas con otras de ripio ó matacanes, á fin de dar mayor soli-»dez y menos empuje á los dos muros de revestimento.

«Evidentemente atendida la extraordinaria altura de ambos mu-»ros (12 metros), la estrechez de los sillares y su colocacion á hueso »ó en seco, sin ninguna clase de cimento ó argamasa que los uniera, »no hubiera podido resistir el empuje del terraplen, y para darle mayor »consistencia idearon los Romanos construir á trechos equidistantes »unas paredes transversales á manera de contrafuertes, tambien de »sillería, procurando que interiormente saliesen de ambos muros, al-»gunos de los sillares que los formaban, y venian á constituir unas, »ligadas como verificamos nosotros, de manera que en conjunto los »cuatro muros estaban perfectamente unidos, sosteniéndose mútua-»mente, y formando como si dijéramos una caja rectangular de 6^{m} »27 de longitud por 5^{m}, 20 de latitud que es el ancho de la muralla, »inclusos los dos muros de revestimento mencionados: estas cajas ó »paredes transversales se hallaban una al lado de la otra en toda »la longitud ó extension de la muralla romana.

GETTY RESEARCH INSTITUTE
3 3125 01498 7461